



M. GCAMPO

POLEMICAS  
RELIGIOSAS

1

F 1 2 3 3

O 2

v. 1

R. G.



1080012931

Biblioteca Reformista



⇒ Melchor Ocampo ⇐

OBRAS COMPLETAS

TOMO I

POLÉMICAS RELIGIOSAS

## BIBLIOTECA REFORMISTA.

### Volúmenes publicados:

I. **Los traidores pintados por sí mismos.** Libro secreto de Maximiliano en que aparece la idea que tenía de sus servidores, publicado con la certificación del C. Oficial mayor del Ministerio de Relaciones exteriores y Gobernación. BIOGRAFIA DE MONSEÑOR LABASTIDA, dirigida á su Magestad el Emperador, escrita por M. Manry, agente enviado por N. poleón para organizar la policía de Maximiliano. LA PLAZA DE QUERTARO ENTREGADA POR MAXIMILIANO. Prólogo y notas por Angel Pola. Precio á la rústica. \$1.40

II. **Obras completas de Melchor Ocampo.** Tomo I. POLEMICAS RELIGIOSAS. Prólogo del Lic. Félix Romero, diputado que fué al Congreso Constituyente. Notas por Angel Pola. Precio á la rústica.....\$1.50

### En prensa:

Volúmen III. **Obras completas de Melchor Ocampo.** Tomo II. DISCURSOS, MANIFIESTOS, LA REFORMA, POLEMICAS POLITICAS, INTRODUCCION AL DICCIONARIO DE MEXICANISMOS, ESTUDIOS VARIOS, CARTAS. Biografía y notas por Angel Pola y un capítulo titulado "En peregrinación, de Pomoca á Tepeji del Río"—lugar el primero en que fué aprehendido Ocampo y el segundo donde fué fusilado—escrito con la colaboración de D. Aurelio J. Venegas.

### En preparación:

Volúmen IV. PONCIANO ARRIAGA: ARTICULOS, DISCURSOS, CARTAS Y PENSAMIENTOS. Prólogo de D. José P. Rivera. Biografía y notas por Angel Pola.

### PARA PEDIDOS:

**LIBRERIA BOURET,**

México, Calle del 5 de Mayo núm. 14.

BIBLIOTECA REFORMISTA.—VOL. II

## MELCHOR OCAMPO

OBRAS COMPLETAS

TOMO I

POLEMICAS RELIGIOSAS

PROLOGO

DEL

«Lic. Félix Romero»

NOTAS

POR

ANGEL POLA



MEXICO

F. Vázquez, Editor

CALLE DE TACUBA NUM. 25

1900

F1233

02

vol

---

---

Es propiedad del editor. Queda hecho el depósito  
que marca la ley.

---

---



FONDO HISTORICO  
RICARDO COVARRUBIAS

156904

---

Imprenta «J. de Elizalde,» 2ª de San Lorenzo núm. 10



A D V E R T E N C I A .

Al aparecer el volumen de estreno de la *Biblioteca Reformista*, los periódicos retrógados aseveraron que la indiferencia y el silencio del público habían sido el premio del editor. Por desgracia para esos periódicos, ahora les traemos la prueba palpable de lo contrario: este segundo volumen, superior tipográficamente al primero, y dado á la prensa más temprano de lo que pensábamos.

En su preparación colaboraron la Sra. D<sup>a</sup>. Josefina Mata y Ocampo de Carrera, el Lic. D. Melchor Ocampo Manzo y el Coronel D. Genaro Rubio

(1); la primera nieta, el segundo hijo y el tercero yerno del Reformador: de su nombre muy dignos los tres. Solícitos pusieron en nuestras manos cuanto quisimos, al hacerles saber nuestro designio. Gracias á su ayuda cariñosa hemos andado medio camino en la edición de las obras completas del discretísimo político y filósofo.

¡Felices nosotros si conseguimos que ocupe en las almas el lugar que tiene en la nuestra,

México, Julio de 1,900

ANGEL POLA.

(1) Su nombre de pila era Napoleón, pero dejó de usarlo desde la intervención francesa, por creer oprobioso que le llevara un mexicano.



### Introducción.

## El Apóstol y su Credo.

De todos los recuerdos gratos que se despiertan en mi memoria cada vez que vuelvo los ojos hácia la mitad de este siglo, en que conocí y traté á tantos hombres que merecieron la estimación de sus conciudadanos, hay uno que se destaca siempre luminoso y palpitante: este es el del insigne Melchor Ocampo.

No era Ocampo un tipo ideal y atractante por su talante y hermosura, nó; antes bien, su aspecto de hombre mediatundo y sério, con la mano derecha metida á menudo en la solapa de la levita y el aire de indiferencia para todo lo

que encontraba á su paso, lo hacían á él también pasar desapercibido. Ocampo no llamaba la atención sino cuando desplegaba los labios y hacía sentir sus agudezas en la conversación familiar, sus teorías políticas en el periódico, ó sus arranques patrióticos en la tribuna.

Era cortés, fácil, tranquilo, benévolo, lleno de gracia y frescura, esto es, indulgente con todos los hombres y resignado á todas las cosas, ménos en lo concerniente á sus opiniones políticas, respecto de las cuales era intransigente.

Como orador, su palabra era clara, lógica, precisa, contundente; no aspiraba á ser grandilocuente, ni parecía serlo; pero su voz bien timbrada, aunque no muy extensa, tenía las inflexiones á propósito para todos los asuntos y todas las situaciones.

Era filósofo á la manera de Voltaire, y herbolario como Juan Jacobo Rousseau. De estas eminencias del talento y la literatura, tenía él rasgos bien salientes; pero de quien celebraba más las chanzas y los gustos, y á quien hubiera deseado parecerse, era al primero, tanto, que á su casa y su retiro donde veía caer con delicia el sol de Abril sobre las rosas de su jardín y también sobre los cedros y los pinos de su panteón, y el sol de Agosto

sobre las espigas doradas de sus campos, llamaba con deliquio su Ferney, así como era conocida la hermosa residencia de Voltaire á orillas del lago de Ginebra y al pie del Jura y el Monte-Blanco. Ocampo era, en efecto, un filósofo: sus ideas, su ingenio, su juicio clarísimo, su vida y trato común así lo revelaban; pero era más filántropo que filósofo, y más naturalista que político.

Ocampo, con menos impaciencias y ménos delicadezas en su vida accidentada y laboriosa, hubiera sido más de lo que fué. Recordamos con este motivo, que desde que comenzó á figurar en política, resonó su nombre entre el de los más distinguidos ciudadanos.

Fué varias veces gobernador de Michoacán; senador y ministro de hacienda en la administración del general José Joaquín Herrera; senador y político influyente bajo la presidencia del general Arista; y competidor de él en la elección para este encargo, al lado de Almonte y Angel Trías, en los comicios de 1851. En fin, figuró quince días como ministro de relaciones en el gabinete de D. Juan Alvarez, y fué el colaborador más grande y competente, como consejero de Juárez, el año 59 en Veracruz.

Dando vuelo á las extensas miras que

abarcaba el alma de Ocampo. puede decirse que él amaba todo; pero todo lo bello en la naturaleza, en las ciencias, en los candores de la juventud, en los sueños del patriotismo, en todas las ilusiones de la vida.

¡Cuánto le complacía mandar y no ser mandado! Casi á esto debió por diversos modos y en distintas épocas, bajar del poder é ir á reposar á su hacienda. Cuando él decía en el gabinete ministerial ó en las cámaras deliberantes, esta es la línea recta. y sus colegas resolvían que no, no disimulaba el sentimiento de su derrota, pues sacudía sus sandalias, se calzaba el sombrero y partía sin demora hasta su vergel de Pomoca.

Probablemente á esto se debió, que siendo miembro del Congreso Constituyente y también de la Comisión de Constitución, en 1857, no pusiese su nombre al pie de esta Ley Suprema.

A propósito: tocaban ya á su término las labores del Congreso, y se discutían como complemento á su mandato, entre otras reformas, la supresión de las alcabalas, y la mayoría de la Comisión de Constitución proponía que éstas y las aduanas interiores quedasen extinguidas al año siguiente de expedida la ley fundamental: entonces se levantó Ocampo,

y diciendo que él no estaba por las promesas sino por los hechos, é increpando á los miembros de la Comisión por incurrir con este aplazamiento á la reforma, en los términos medios de los partidarios del *no es tiempo*, terminó invocando la pronta realización de los principios de la revolución de Ayutla. No faltó entonces quien le contestara, asegurando, que de suprimirse las alcabalas *ipso facto*, de promulgarse la Carta fundamental, cuando en aquella extrema transición política, no se contaba en la extensión del país, con otra renta segura que la de las alcabalas, sería lo mismo que provocar el desquiciamiento de los gobiernos de los Estados: que el planteamiento de esta reforma, necesitaba preparación; esto es, crear otras rentas para reemplazar las alcabalas, y asegurada entonces la vida administrativa de las entidades políticas, llevar á cabo la supresión del odioso impuesto para los pueblos. El Congreso votó el artículo propuesto por la Comisión, y Ocampo desapareció después del seno de la Asamblea.

Pero si Ocampo era tan susceptible como una dama y tan arraigado en sus convicciones como un profeta, en cambio, ¡qué corazón tan sensible, qué alma tan generosa, qué miras tan profundas,

tan extensas y tan seguras tenía respecto á los intereses sociales en general! ¡Cuánto amaba á la juventud, la escuela, el taller, la filosofía, al hombre honrado, al pueblo libre, á la democracia pura! Sí, Ocampo, es inolvidable para todos los que piensan y sienten bien; pero más particularmente, para los que le conocieron en la intimidad y pudieron analizar sus prendas, unas dignas de Catón, otras más dignas de Benjamín Franklin.

No terminaremos este recuerdo del gran ciudadano, sin mencionar dos rasgos, que son á la vez ráfagas de su ingenio y enseñanzas de la vida parlamentaria.

Avanzado ya el período del Congreso Constituyente y cuando sus deliberaciones eran más acaloradas, se presentó el general D. Juan Soto, ministro de la guerra, dando cuenta de haber estallado en Puebla el pronunciamiento del coronel Joaquín Orihuela contra el gobierno de Comonfort. Aquella noticia produjo la explosión de un volcán en la Cámara; veinte voces estallaron á la vez, unas apostrofando al gobierno sobre las medidas que hubiese tomado para sofocar el motín; otras acusando sus debilidades y condescendencias, á las cuales se atribuía el pronunciamiento, y alguna dicien-

do, que era necesario ver con calma el asunto, pues lo sucedido no era más que la defensa de una opinión. . . . Pero cuando la tormenta era más deshecha y ya nadie se entendía en aquella batahola, Ocampo se lanzó de su asiento á la tribuna, y dijo: Veo que no nos entendemos pero es preciso que nos entendamos: Orihuela se ha declarado en rebelión, y por el mismo hecho, no se encuentra á nuestro alcance, sino en el campo opuesto; para cogerlo, pues, y castigarlo, es necesario antes batirlo, y ni nosotros ni nuestro gobierno lo hemos hecho todavía. Y yo recuerdo á todos mis camaradas, que quieren que desde luego se escarmiente ó castigue al rebelde, que el verbo pegar ó castigar se conjuga: yo pego, tu pegas, aquel pega, nosotros pegamos; por lo mismo, así que nosotros venzamos al malvado, entonces lo castigaremos. Estas pocas, sensatas y oportunas palabras, aplacaron la tormenta, que se convirtió en plácemes al orador.

En otra ocasión, y cuando la pereza más abrumadora dominaba en el templo de las leyes, casi todos los miembros de la Asamblea se habían escurrido para el salón de recreo, donde estaban en una charla soberana; pero derrepente, al oír

el retintín de la campanilla presidencial, llamando al órden, aquellas alegres fantasías que hemos cono ido por Guillermo Prieto é Ignacio Ramírez, asomándose al salón de las sesiones, mostraron á Ocampo la tribuna, donde hacia una hora que estaba Mata perorando, y que había sido la causa de aquella emigración parlamentaria; entonces D. Melchor, en tronante exclamación dijo: ¡Ah, sí, mi yerno sabe mucho y quiere decirlo todo; si supiera ménos, fuera mejor!

Ocampo tenía su cred., que proclamó desde la tribuna popular como orador en setiembre de 1852, siendo á la vez gobernador de Michoacán, y repitió en Veracruz el año 59, siendo ministro de Juárez y también orador en el aniversario de la independencia. Era éste: instrucción al pueblo, general, laica y gratuita, sin la que no se comprende al ciudadano; gratuita la justicia; libre la palabra y la conciencia; libre el comercio y el tránsito, así en la tierra como para el camino del cielo; é interrogándose entonces á sí mismo y contestándose á la vez: ¿tiene todo esto el pueblo? no; ¡pues no ha llegado mi época! exclamaba.

Tuvo un discípulo, que procuró hacer á su imágen y semejanza, y era Matías Romero. ¿Lo consiguió? era difícil, pues-

to que sus gustos, sus tendencias y sus caracteres, cuando no opuestos, eran diversos. Sin embargo, el discípulo que no era más que plumario en la celda del Convento, donde Ocampo actuaba como primer ministro de Juárez en Veracruz, fué enviado como Encargado de Negocios á Washington, y allí dió pruebas de estar á la altura de su elevada misión, prestando importantes servicios á la República y correspondiendo así á las previsiones de su maestro.

Tenía también un amigo, un íntimo y grande amigo, de quien eran sus más reservadas confidencias y su más acendrado cariño: era D. Santos Degollado, aquel valeroso, pero desgraciado campeón de la democracia, infatigable en la pelea, que improvisaba ejércitos y que vino á morir al frente de sus soldados, atravesado por una bala enemiga, cuando intentaba castigar á los asesinos de su hermano, el ilustre reformador.

Ocampo fué muerto á balazos al pie de un árbol, bajo el *prétexto reaccionario* de haber negociado el tratado Mac-Lane, á que iba ligado su nombre, que concedía ciertas franquicias á los americanos en el Istmo de Tehuantepec; pero cuya estipulación había quedado sólo propalada,

por no haberla ratificado ni el gobierno mexicano y el de los Estados-Unidos.

Fué, pues, Ocampo, uno de los más ardientes precursores y propagandistas de la Nueva Ley, parecido en su línea, como batallador, al Apóstol de las gentes, é iluminado como él; quien para asombro de los tigres políticos y parodiando de algún modo al divino Maestro, en lo que dijo al espirar en la Cruz, dejó escritas, como última cláusula de su testamento, estas memorables palabras: Declaro, en conciencia, no haber hecho mal á nadie; perdono á mis enemigos.

México, Julio 30 de 1,900.

FÉLIX ROMERO.



### Representación sobre reforma del arancel

DE

OBVENCIONES PARROQUIALES (1)

**H**ONORABLE Legislatura: Melchor Ocampo, ante V. H., con el más profundo respeto, pide se le permita usar

(1). El título primitivo era: "Representación sobre reforma de aranceles y obvenciones parroquiales, dirigida al H. Congreso del Estado por el ciudadano Melchor Ocampo; y que hizo suya el señor Diputado D. Ignacio Cuevas" (a). Si hacemos estos cambios, nimios, que absolutamente en nada afectan el fondo de la materia tratada, es solo para dar debida forma tipográfica al rubro de los capítulos.

(a). El diputado D. Ignacio Cuevas, que hizo suya la representación, fué persona bien prestigiada y querida en Morelia, como médico, y de conocidas ideas liberales, aunque pertenecía al bando de los llamados entonces moderados; á diferencia de su hermano, el Dr. Francisco Cuevas, que era netamente conservador. Ambos tenían amistad más ó menos estrecha con Ocampo.—(Nota de A. P.)